Alcores 4, 2007, pp 125-142 ISSN:1886-8770

Cómo me convertí en revisionista (sin saber lo que esto significaba):
Usos y abusos de un concepto en el debate sobre la Guerra Civil griega[*]

Stathis N. Kalyvas
University of Yale

Fecha de aceptación definitiva: septiembre de 2007

Resumen: Este artículo parte de una perspectiva autobiográfica para describir los recientes debates en torno a la Guerra Civil griega en los que su propio autor ha participado. El argumento principal es que recurrir al término «revisionismo» resulta peligroso o, cuando menos, redundante. Es redundante si se usa para referirse a la intención de modificar un conocimiento convencional y/o dominante (ya sea científico o divulgativo); y es peligroso si es empleado para asfixiar y denigrar toda investigación que comporte replantear de modo sustancial creencias o axiomas históricos. La investigación histórica de baja calidad y ligada a motivaciones políticas puede ser fácilmente cuestionada mediante la aplicación de las prácticas corrientes de la evaluación científica sin necesidad de ataques potencialmente contraproducentes que impliquen recurrir al epíteto «revisionista». El artículo concluye con algunas reflexiones sobre los obstáculos que implica el compromiso académico activo en cuestiones que se adentran en el terreno de la historia pública.
Palabras clave: revisionismo, guerras civiles, historia pública, Guerra Civil griega, debates históricos.

Abstract: This paper adopts an autobiographical stance to describe recent debates about the Greek Civil War to which I was a participant. The main argument is that the practice of relying on the concept of «revisionism» is either redundant or dangerous. It is redundant if it is used to denote an attempt to challenge conventional and/or dominant (scientific or public) wisdom; and it is dangerous if it is used to stifle research that challenges widely held historical beliefs. As for low quality, politically motivated historical research, this can easily be challenged through the use of standard practices of scientific review rather than potentially counterproductive attacks that rely on the «revisionist» characterization. The paper concludes with some thoughts on the pitfalls of active scholarly engagement with issues that enter the arena of public history.
Key words: revisionism, civil wars, public history, Greek civil war, historical debates.

[*] Traducción de José Luis Arias Ledesma.

Se parte en este artículo de una poco corriente óptica autobiográfica: tomamos nuestra experiencia personal al «revisar» la historia de la Guerra Civil griega como un caso de estudio en sí mismo y a la manera de una lente a través de la cual valorar ciertos usos del término «revisionismo» en los debates históricos contemporáneos[1]. En particular, nos interesaremos aquí por los recientes debates que han tenido lugar acerca de la Guerra Civil griega, en los que el autor de este texto se ha convertido en uno de los protagonistas desde 1999 —de ahí el contenido autobiográfico de este artículo—.

Mi argumento metodológico central radica en que el concepto de revisionismo puede resultar redundante o incluso peligroso. Es redundante si su uso denota la intención de cuestionar un conocimiento convencional y/o dominante (ya sea científico o público). No en vano, el núcleo de la actividad científica consiste en la producción de nuevos conocimientos y éstos contradicen a menudo creencias ampliamente asentadas. Como señaló hace ya un siglo Emile Durkheim en *Las reglas del método sociológico*,

> «estamos tan poco acostumbrados a tratar los fenómenos sociales de manera estrictamente científica, que algunas de las proposiciones contenidas en este libro podrán ciertamente sorprender al lector. Sin embargo, si esto ha de ser una ciencia social, cabrá esperar que no se perpetúen los tradicionales prejuicios del hombre corriente y que se nos ofrezca un nuevo y diferente punto de vista sobre ellos; porque el objetivo de todas las ciencias es hacer descubrimientos y cada descubrimiento trastoca en mayor o menor grado las ideas anteriormente aceptadas».

Ahora bien, el revisionismo puede resultar además un concepto peligroso si se utiliza para deslegitimar y marginar la investigación que desafía opiniones establecidas. En la medida que la ciencia progresa a menudo según los cambios de paradigma de Khun, oponerse a la «revisión» y sustitución de visiones profundamente asentadas equivale a obstruir el avance del conocimiento. Lo que se propone en estas páginas es describir el proceso por el cual el término revisionismo ha sido desplegado instrumentalmente en Grecia para deslegitimar específicas direcciones y hallazgos de la investigación histórica.

Podrá objetarse que la historia no es una ciencia con verdades objetivas y leyes inmutables. No parece necesario detenerse en una discusión sobre qué es esta disciplina y cómo puede compararse con las ciencias naturales para convenir en que la producción del conocimiento histórico se fundamenta en unas mínimas normas de evidencia científica que son, en su propia lógica, no muy diferentes de las

---

[1] Una versión inicial de este artículo se presentó en un encuentro sobre «Revisionism in European Historiographies of the 20th Century. Dangerous Hermeneutics or Experiments in Objectivity?», organizado por el Instituto de la Universidad Europea en noviembre del 2006. Deseo agradecer a Arfon Rees y a Evi Gkotzaridis por invitarme a exponerlo en aquel foro.

requeridas en las ciencias naturales. Así las cosas, el histórico no diferiría *fundamentalmente* de otros tipos de conocimiento y debería ser juzgado mucho menos en función de si cuestiona interpretaciones establecidas y largamente aceptadas que sobre la base de tales normas y criterios propios del ámbito científico. Criterios entre los que no en vano se encuentran poner a prueba las interpretaciones históricas a partir de las evidencias y fuentes disponibles, el requisito de que estén formuladas de modo transparente y contrastable y el grado de su consistencia lógica.

La pregunta sería, en tal caso, qué es lo que explica el tenaz uso del término revisionismo tanto en discursos públicos como en los debates históricos. Y la respuesta parece obvia: la confluencia de debates históricos y motivaciones abiertamente políticas transforma en ocasiones la investigación histórica en una actividad no exenta de riesgos[2].

A modo de antecedente: lo que ya sabía sobre los revisionistas antes de convertirme en uno de ellos

Este autor se topó ya con los términos «revisionismo» y «revisionista», mientras se formaba en la Grecia de los años ochenta, en el discurso político utilizado por los partidos de la izquierda comunista, un discurso por lo demás muy popular en aquel entonces. El término tenía una resonancia exótica en griego habida cuenta de que se empleaba a menudo adaptando a ese idioma el término foráneo (*revizionistís*), al igual que otros términos con negativas connotaciones como oportunista (*oportounistís*). El término fue también usado en su traducción griega (*anatheoritís*), principalmente por parte del Partido Comunista griego (KKE) a la hora de calificar a los miembros de la más liberal ala «eurocomunista», el Partido Comunista del Interior. Algo a lo que estos últimos respondieron caracterizando a la predominante corriente de los comunistas prosoviéticos como «ortodoxos» o «dogmáticos». Esta yuxtaposición es reveladora en cuanto que muestra tanto la connotación teológica que recogía el término como el hecho de que privilegie la adhesión a lecturas convencionales o establecidas de las escrituras. De hecho, para seguir con la analogía religiosa, existe otro término que fue utilizado en el contexto de aquellos debates políticos (y que lo es todavía hoy en el marco de los debates históricos) como un sinónimo más coloquial de revisionista, y no es otro que el de «hereje».

Más tarde, mientras cursaba la carrera de ciencias políticas, descubrí otro uso del término, relacionado en este caso con la historia política del movimiento

[2] Una razón secundaria sería la aparición de las teorías posmodernas que defienden que la «objetividad» es imposible en la historia y que además la aplicación de criterios científicos en la misma no tiene sentido.

socialista en Europa. El revisionismo era una noción utilizada para describir y desprestigiar a Eduard Bernstein, el dirigente del Partido Social-Demócrata Alemán (SPD) que, al rechazar la inevitabilidad de la «lucha de clases», la teoría de la concentración creciente del capital y el colapso repentino del capitalismo, proponía la marcha gradual hacia el socialismo haciendo uso de la vía parlamentaria y de las estrategias electorales. Bernstein fue acusado por Rosa Luxemburgo, Karl Kautsky y Vladimir Lenin de desviarse de la interpretación revolucionaria del marxismo. En 1899, el SPD condenaba de manera oficial el revisionismo y Bernstein se convertía en el líder de lo que se dio en llamar facción revisionista del SPD. Una vez más, el revisionismo era usado de forma similar para significar una peligrosa desviación del camino correcto y de la lectura ortodoxa de los textos.

Desde aquel entonces, el término ha tenido un uso de lo más ubicuo, pero a menudo asociado al supuestamente erróneo o ilegítimo intento de cuestionar creencias específicas sobre el pasado o, para usar una expresión de uso común, de «reescribir la historia»[3]. Por poner un solo ejemplo, el 16 de junio del 2003, cuando defendía su decisión de atacar Iraq, el propio George W. Bush tildaba de revisionista a todo el que sostuviera que el régimen de Saddam Hussein no constituía una verdadera amenaza: «hoy en día, hay algunos a los que les gustaría reescribir la historia, historiadores revisionistas es como me gustaría llamarles...». Por su parte, el uso de la categoría revisionismo como sinónimo de la negación del Holocausto —«negacionismo»— es una práctica reciente que dista de gozar de una universal aceptación.

Cómo he llegado a ser un revisionista

El autor de estas líneas llegó a convertirse en revisionista por pura casualidad. En 1997, me embarqué en un proyecto de investigación centrado en el estudio comparado de las guerras civiles que hacía especial hincapié en los procesos y las dinámicas de la violencia, y que a la postre cristalizó en un libro publicado en 2006: *The Logic of Violence in Civil War* (Cambridge University Press). Siendo politólogo, planteé los objetivos de mi investigación en los términos propios de las ciencias sociales. Estaba interesado, en primer lugar, en elaborar una formulación teórica general y contrastable sobre los usos de la violencia en las contiendas civiles (por ejemplo, respondiendo a la cuestión de por qué y cómo la misma varía dentro de las distintas guerras de ese tipo y por qué éstas tienden a ser tan brutales). Y me proponía, en segundo término, comprobar empíricamente tal

[3] Para una excelente discusión sobre el revisionismo, ver ANTONIOU, Giorgos: «The Lost Atlantis of Objectivity: The Revisionist Struggles Between the Academic and Public Spheres», *History and Theory*, 46 (2007), pp. 92-112.

formulación. Las pruebas empíricas requieren unos datos fiables a los que no resulta sencillo tener acceso en el caso de la violencia, de modo que pusimos en marcha una base de datos partiendo de cero. Y dado que una primera incursión en la guerra civil entonces en curso en Argelia resultó desalentadora[4], decidimos centrarnos en el caso de la Guerra Civil griega. La estrategia adoptada consistía en combinar una perspectiva de amplio alcance sobre procesos «de abajo arriba» que afectan a la «gente corriente», por un lado, con una exhaustiva indagación regional a pequeña escala, por otro, que habría de basarse en el estudio detallado de las poblaciones de una región dada. Así las cosas, decidí hacerlo con la Argólida, una región situada en el extremo nordeste del Peloponeso, la península meridional de Grecia. Dicho de modo más claro, quien esto firma nunca se planteó escribir una historia de la Guerra Civil griega ni tuvo inicialmente pretensión alguna de contribuir a la literatura historiográfica dedicada a ese tema.

Durante mi investigación, me topé con varias cosas que no dejaron de sorprenderme; o, para ser más precisos, con cuestiones que contradecían de modo nada despreciable lo que había aprendido leyendo la historiografía sobre la contienda helena. Forzoso es decir que dicha producción histórica despegó sólo tras la caída de la dictadura derechista de 1967-1974. Hasta entonces, la guerra era estudiada fundamentalmente por investigadores foráneos y desde fuera de Grecia, especialmente en Gran Bretaña, y en menor grado por antiguos participantes en la misma. Antes de 1974, las percepciones más comunes de los hechos estaban fundamentalmente imbuidas de la perspectiva que los vencedores proyectaron de la Guerra Civil como una lucha entre la vasta mayoría de griegos guiados por su nacionalismo y una minoría de comunistas que supuestamente servían los designios de potencias extranjeras interesadas en la desmembración territorial de Grecia.

La primera corriente de estudios sobre la Guerra Civil griega se basaba esencialmente en los archivos norteamericanos y británicos y revisó muchos de los groseros argumentos presentes en los relatos históricos de los vencedores propios de la posguerra, caso de la idea de que las actuaciones del Partido Comunista podían entenderse como mero resultado de su exclusiva obsesión por conquistar el poder en todo momento y a cualquier precio. Ahora bien, esos trabajos tuvieron al mismo tiempo el efecto de que, por así decirlo, pagaran justos por pecadores; de que se extendiera un manto de descrédito sobre cualquier afirmación procedente de la derecha, incluidas las referidas a las violencias cometidas por la izquierda. No deja de ser interesante el hecho de que esa corriente de investigación histórica fuera descrita por sus propios partícipes como «revisionista», mos-

[4] Ver KALYVAS, Stathis N.: «Wanton and Senseless? The Logic of Massacres in Algeria», *Rationality and Society*, 11, 3 (1999), pp. 243-285.

trando que el término en cuestión no había adquirido todavía su posterior connotación negativa.

¿Cuál fue, en ese sentido, la contribución de nuestros propios hallazgos? Cabría quizá consignar aquí, entre otros, al menos cuatro. El primero se referiría al hecho de que la guerra varió en tal grado de un sitio a otro que en ocasiones resulta arduo hablar en términos sociológicos de una sola guerra con una serie específica de actores y dinámicas. En segundo lugar, las dinámicas de guerra civil presentes sobre el terreno —rural— a menudo no encajaban con el discurso procedente de las altas esferas —urbanas—. De hecho, el conflicto estaba a menudo revestido de litigos y conflictos locales que, una vez desencadenada, se ligaron a la guerra siguiendo criterios a los que no eran ajenos intereses oportunistas. En tercer término, la Guerra Civil había comenzado en no pocos lugares del país a finales de 1943, lo que cuestiona la fecha canónica de 1946. Desde este punto de vista, la fase final de la ocupación fue en realidad una violenta guerra civil que enfrentó más a los griegos entre sí que contra las fuerzas de ocupación[5]. No en vano, las dos grandes batallas del periodo 1941-1944 tuvieron lugar entre los propios helenos tras la marcha de los alemanes. Según nuestras propias estimaciones, la ratio de muertes de no combatientes en proporción con el conjunto total de fallecidos fue incomparablemente más alta en 1943-1944 que en 1947-1949. Y en cuarto lugar, el movimiento de resistencia controlado por los comunistas (Frente Nacional de Liberación o EAM) recurrió a la violencia masiva contra los civiles durante la ocupación. Miles de ellos fueron ejecutados bajo la mera sospecha de ser reaccionarios —más que colaboradores—, mientras que al mismo tiempo el EAM mantenía en las montañas una red de campos de concentración donde se encarceló a cientos de civiles cuando la ocupación seguía en marcha. Estas violencias sorprendieron a quien esto escribe. En mi estudio regional, me encontré con que, contrariamente a lo que sostenía la literatura histórica, la Resistencia fue responsable de aproximadamente tantos homicidios como los alemanes y sus colaboradores (e incluso de algo más), y con que esas prácticas violentas habían comenzado en el invierno de 1943, cuando el EAM puso en marcha una campaña de asesinatos dirigidos contra «reaccionarios» locales a los que se eliminaba preventivamente en tanto que potenciales amenazas a su dominio[6]. A mayor abundamiento, nuestro estudio cuantitativo regional sugería que el

---

[5] Ver KALYVAS, Stathis N.: «Armed Collaboration in Greece, 1941-1944», *European History Review*, (2008), (en prensa).

[6] El EAM y su brazo armado el ELAS (Ejército Popular de Liberación Nacional) también destruyeron algunas pequeñas organizaciones nacionalistas de resistencia en 1943 y en 1944. Como resultado de esta actuación, a la mayoría de los griegos sólo les quedaba como dilema o integrarse en la Resistencia comunista o colaborar con las autoridades alemanas, opciones ambas que no agradaban a casi nadie.

volumen global de la violencia había sido subestimado en las investigaciones precedentes. En efecto, en la región estudiada pudimos registrar 725 asesinatos, lo que representa el 1,62% de la población total de una región que por lo demás carecía de reputación alguna de violencia y que apenas aparecía en los relatos historiográficos. La lectura de diversas fuentes sobre el resto del país nos convenció de que, aunque los niveles de violencia variaban significativamente de un sitio a otro, varias latitudes del país se habían visto sacudidas durante la propia ocupación por una violencia entre los propios griegos, y de que esa violencia aparecía inesperadamente ligada al fenómeno de la colaboración.

Próximo a finalizar la mayor parte de mi trabajo de campo y en los archivos en Grecia, coincidí con el historiador británico Mark Mazower, quien se encontraba en pleno proceso de edición de una obra colectiva sobre el periodo inmediatamente posterior a la Guerra Civil griega titulada *After the War Was Over*. A pesar del título, el libro incluía algunas contribuciones que abordaban la propia contienda civil, aunque haciendo hincapié en el nivel micro y en las dinámicas de abajo arriba. Compartí con ese autor algunos de mis descubrimientos, en particular acerca de la extensión y profundidad de la violencia izquierdista, y me persuadió para que consagrara un capítulo al tema. Es así como llegué a escribir «Red Terror: Leftist Violence during the Occupation», publicado en el citado libro en 2000[7]. Este artículo generó una considerable controversia en Grecia incluso antes de que fuera traducido al griego, y aun mayor después de serlo. Probablemente no resultará exagerado afirmar que ese texto en particular fue lo que encendió el vasto y áspero debate público que tuvo lugar alrededor de la Guerra Civil.

Al escribir «Red Terror», me planteaba tres objetivos. Primero, establecer y cuantificar una serie de episodios que hasta entonces habían sido pasados por alto o cuando menos insuficientemente estudiados. Segundo, describir las pautas, dinámicas y variaciones de la violencia izquierdista. Y tercero, aportar una primera interpretación teórica de los tres tipos principales de violencia que identifiqué en el marco de la primera y segunda fases de lo que podría ser denominado larga Guerra Civil griega[8]. Estos tres tipos serían el terror «negro» de los ocupantes y sus aliados, el terror «rojo» de la resistencia comunista y el terror «blanco» del

---

[7] KALYVAS, Stathis N.: «Red Terror: Leftist Violence During the Occupation», en M. Mazower (ed.), *After the War was Over: Reconstructing Family, State, and Nation in Greece, 1944-1960*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2000, pp. 142-183.

[8] La primera fase cubriría el periodo de ocupación (1943-1944) e incluye el desarrollo de la resistencia armada y la colaboración, así como los choques entre las distintas fuerzas de Resistencia. El segundo periodo (1944-1947) se extendería desde la liberación hasta lo que se ha venido considerando el inicio de la guerra propiamente dicha en 1947, incluyendo la insurrección comunista de diciembre de 1944 y la consiguiente represión derechista sobre la izquierda.

gobierno derechista de la posguerra. Así tratamos de dejarlo claro con términos escogidos de manera plenamente consciente:

> «El presente trabajo pretende cuestionar, y ayudar a revisar, uno de los supuestos centrales, cuando no hegemónicos, en el estudio de la Guerra Civil griega: que los sectores de la izquierda (el Frente de Liberación Nacional —EAM— y el Partido Comunista de Grecia —KKE—) han sido las principales (o incluso las únicas) víctimas de la violencia».

Aquel texto continuaba arguyendo que no podía resultar extraño que ese supuesto hubiera llegado a ser dominante, y eso por dos razones: por una parte, la derrota en una Guerra Civil tiende a ser siempre total, lo que hace que los integrantes del bando perdedor sufran de un modo desproporcionado; y por otra, las referencias al terror izquierdista, por más vagas que fueran, llegaron a ser una de las armas principales del arsenal ideológico de la derecha griega. En esas condiciones, el colapso de la hegemonía ideológica de la derecha en 1974 borró cualquier referencia a la violencia comunista. Por lo demás, referíamos asimismo algunos ejemplos de cómo la literatura académica se había ocupado de esa violencia pasándola por alto y minimizándola y observándola desde una óptica de cierto encubrimiento o maquillaje a través de términos favorables («violencia revolucionaria» frente al «terrorismo» del contrario, presentarla como una aberración causada por individuos aislados, etc.). A todo lo cual añadíamos dos precisiones. En primer lugar, subrayaba que el artículo no hacía sino presentar resultados provisionales y limitados en la medida que nuestra investigación se basaba en un estudio sistemático y extensivo pero circunscrito al norte del Peloponeso, por más que se aportaran también evidencias y datos sobre otras regiones del país para mostrar la extensión del fenómeno. Y se hacía al mismo tiempo hincapié en los diversos niveles de violencia que cabe encontrar a lo largo del país y en la ausencia o casi ausencia de la misma en determinadas áreas del mismo[9]. En segundo lugar, se dejaba explícitamente claro que:

> «Nuestro objetivo no es contribuir a un debate partidista carente de sentido dedicado a comparar la crueldad de los unos y los otros: es evidente que ambos bandos recurrieron al terror. En su lugar, dedicar atención al terror rojo resulta necesario por dos razones: de una parte, para aportar datos exactos y, por otra, porque una exploración total de la naturaleza de la violencia durante la Guerra Civil griega requiere un análisis comparativo de los usos del terror por

[9] Los datos se recogieron tras una exhaustiva investigación llevada a cabo primeramente en la región de Argolis (pero también en las áreas cercanas de Corinthia y Arcadia), en el noreste del Peloponeso, y se basó en cerca de doscientas entrevistas a participantes directos y gente corriente, abarcando todo la prefectura (*nomos*) de la Argólida; en el rastreo de evidencias documentales en los archivos de la Corte de Apelaciones de Nafplion, así como de los archivos británicos, alemanes y americanos que aportasen datos sobre todo el noreste del Peloponeso; y en memorias publicadas y sin publicar, autobiografías e historias locales de toda Grecia.

> parte de todos los actores políticos. Si nuestro conocimiento de la violencia derechista, especialmente la desplegada durante la ocupación, ha avanzado considerablemente gracias a la investigación histórica de los últimos años, no cabe decir precisamente lo mismo respecto de la violencia izquierdista».

No obstante, tanto en este artículo como en otros escritos, nunca dejamos de referirnos extensamente a las atrocidades cometidas por las fuerzas de ocupación, por sus colaboradores y por la derecha griega de posguerra (que por lo demás incluía un amplio contingente de antiguos colaboracionistas).

Un hallazgo clave de mi investigación en el área a la que me dedicaba fue comprobar que el terror rojo tuvo mucho de proceso esencialmente planificado y burocratizado (al contrario que, por ejemplo, la violencia izquierdista durante la Guerra Civil española) y que se usó en el contexto de escalada de la guerra de guerrillas y de edificación de un Estado alternativo para asegurar mediante el uso de una violencia ejemplarizante la participación de civiles que habrían preferido mantenerse al margen de la lucha. Al reconstruir la precisa cadena de mando, fuimos capaces de mostrar que la violencia del EAM no era el mero resultado de las acciones aisladas de un reducido grupo de líderes guerrilleros incontrolados o cuadros comunistas fanatizados. Su verdadero objetivo era más bien garantizar la conformidad de los civiles y maximizar el control de la población. Nuestro texto añadía a ese respecto que:

> «Esto no supone que el terror fuera el único instrumento utilizado por el EAM para generar colaboración. De hecho, el terrorismo puede coexistir —y coexistió— con apelaciones ideológicas y con la provisión de beneficios materiales. Del mismo modo, tampoco implica que todos y cada uno de los miembros del EAM o del ELAS estuvieran involucrados en actividades represivas. Ocurría en realidad que los mecanismos del terror estaban fundamentalmente en manos de equipos especializados y semiprofesionales antes que en las del ELAS, aunque también se requería para ello la activa colaboración de centenares de comités locales del EAM».

Una implicación derivada de nuestra propuesta era que la violencia izquierdista se encontraba estrechamente relacionada con el fenómeno del colaboracionismo. Esa conexión era compleja y altamente endógena[10]. En parte, la violencia del EAM consistía en una reacción a la formación de las milicias armadas colaboracionistas en la Atenas de 1943, pero al tiempo la extensión de esa misma milicia en el ámbito rural en primavera y verano del año siguiente era el resultado de la violencia y opresión ejercidas por el propio EAM en el periodo inmediatamente anterior. Más aun, nuestro argumento parecía capaz de explicar, cuando menos parcialmente, el de otro modo inexplicable enigma de la notable implantación de las milicias colaboracionistas a) entre poblaciones rurales sin simpatías

[10] KALYVAS, Stathis N.: «Armed Collaboration in...», *op. cit.*

nazis e incluso con claras simpatías republicanas —en tanto que antimonárquicas— en el periodo prebélico; b) en la fase final de la ocupación —primavera y verano de 1944—, cuando los alemanes estaban perdiendo la guerra; y c) en un país que carecía de un movimiento fascista de masas.

Desde un punto de vista teórico, nuestra propuesta pasaba por establecer una neta distinción entre violencia indiscriminada y violencia selectiva tomando como punto de partida la forma de escoger los objetivos, y subrayando que la violencia selectiva era una actuación «conjunta» en la medida que requería una interacción recíproca entre los grupos armados que la ejecutaban y las poblaciones locales que debían proporcionar la necesaria información mediante denuncias que a menudo remitían antes bien a conflictos locales que a la dimensión ideológica de la guerra.

Por su parte, desde un punto de vista metodológico, lo que sosteníamos era que el entendimiento cabal de las dinámicas de la violencia durante la Guerra Civil requería, en primer lugar, un análisis comprensivo que ligara los usos de la violencia de los distintos actores políticos; en segundo término, la integración de los episodios violentos en la secuencia histórica global en la que se desarrollaban (en abierto contraste con su tratamiento como hechos aislados); y, por último, la combinación de distintos tipos de pruebas y evidencias, incluyendo fuentes orales y escritas, memorias y por supuesto repertorios documentales. Traté de ilustrar tales extremos al mostrar cómo la interpretación de supuestamente sencillos ejemplos del terror «negro» alemán y del terror «blanco» derechista se probaba errónea caso de no ponerlos en relación con el terror «rojo» izquierdista. Las secuencias de venganza y contra-represalia otorgaban así «sentido» a lo que por el contrario resultaban aleatorios episodios de violencia. Dicho de otro modo, el estudio de las dinámicas de la guerra civil sobre el terreno exigía un creativo y simultáneo uso de diferentes tipos de fuentes.

Al escribir este artículo, estaba seguro de que su contenido iba a molestar a algunos historiadores de la Guerra Civil griega. Pero al mismo tiempo consideré que mi trabajo no atraería sino un discreto interés más allá del reducido ámbito de la historiografía académica, en la medida que las cuestiones y heridas asociadas a esa contienda se habían enfriado notablemente y que la sociedad en su conjunto no parecía estar apenas interesada en el tema. Sea como fuere, en ningún caso podíamos haber imaginado que quien esto escribe habría de ser calificado como «revisionista» por escribir lo que era un texto académico dentro de un volumen colectivo dirigido por un historiador que concitaba gran respeto y editado en inglés por una prestigiosa editorial universitaria. Pronto se mostró que estaba equivocado. Permítaseme revisar en el siguiente apartado las reacciones que ese texto generó.

El debate griego[11]

Una primera versión provisional de ese trabajo, centrada en su vertiente descriptiva y factual, había sido presentada en una conferencia sobre la Guerra Civil griega celebrada en Londres en 1999. La acogida fue en general positiva, aunque no dejamos de observar al mismo tiempo cómo había entre el público quienes reaccionaban airadamente y parecían visiblemente molestos. De hecho, un colega participante en la misma sesión se apresuró a afirmar que no compartía nuestros argumentos, a pesar de que lo que habíamos presentado eran mucho menos interpretaciones que crudas evidencias empíricas. Poco después tuve un encuentro con algunos historiadores, politólogos y sociólogos griegos que estaban también interesados en investigar sobre la contienda fratricida helena desde un mismo punto de vista «de abajo arriba» y una similar perspectiva local. Surgió de ello la creación de un grupo informal que pronto se transformó en una *Network for the Study of Civil Wars* que comenzó a organizar congresos anuales a partir de 2000. Y aproximadamente por esa misma época, mi otro colaborador y hoy colega Nikos Marantzidis publicaba su pionero trabajo *Yasasin Millet*, en el que estudiaba el comportamiento político de los pontianos turcohablantes, un grupo de refugiados cristiano-ortodoxos, de habla turca y procedentes de Anatolia que se habían establecido en Macedonia en 1922 y que se habrían de involucrar activamente en el anticomunismo y la colaboración durante la II Guerra Mundial. Marantzidis demostraba la importancia capital de los asuntos y dinámicas locales —en contraste con las de tipo fundamentalmente ideológico— que habrían ocasionado la transformación de lo que antes de la guerra era un grupo republicano y antimonárquico en otro de tipo realista y de derechas después de la misma. Al demostrar qué comportamiento político e identidades tenían un componente endógeno a la propia guerra (así, lo que habría ocurrido fue que este grupo pasó a identificarse con la derecha al enfrentarse con la Resistencia comunista por razones que poco tenían que ver con la política, y no tanto que se hubiera enfrentado a la Resistencia por ser derechista), Marantzidis revelaba la causalidad independiente de la guerra sobre ese comportamiento, en abierto constraste con las ópticas más comunes que presentan la contienda como una suerte de «caja negra» a la que los diferentes grupos entraban con bien definidas, fijadas e inmutables preferencias. Era el suyo, además, un libro valiente que se esforzaba por explorar las causas de la colaboración sin caricaturizar ni demonizar a sus sujetos sin por ello incurrir tampoco en justificar sus acciones.

---

[11] Como estados de la cuestión de este debate en inglés, ver ANTONIOU, Giorgos y MARANTZIDIS, Nikos: «The Axis Occupation and Civil War: Changing Trends in Greek Historiography, 1941-2002», *Journal of Peace Research*, 41, 2 (2004), pp. 223-231; MARANTZIDIS, Nikos: «Collective Memory and Public History of the Second World War: Greece in the European Perspective», trabajo inédito; GKOTZARIDIS, Evi: «The Blossoming of Internal Critique in the West: Revisionism and the Cases of Greece and Ireland», trabajo inédito.

Estas actuaciones combinadas jalonaron el surgimiento de una nueva corriente académica en el estudio de la Guerra Civil helena que condujo a una virulenta e insospechada reacción. La primera muestra la tuvimos en la sesión que sobre esa contienda tuvo lugar en el marco de un gran congreso sobre la historiografía de la Grecia moderna organizado por el Instituto Nacional de Investigación y celebrado en Atenas en 2003. El autor de este artículo fue invitado a presentar un estado de la cuestión de la bibliografía sobre la Guerra Civil en una mesa que incluía también a un historiador griego de reconocido prestigio especialista en ese mismo conflicto, quien dedicó toda su intervención a rebatir mi artículo (por entonces todavía sin traducir al griego)[12]. Fue el pistoletazo de salida para un ataque bien concertado que llegó al culmen cuando un famoso intelectual público inquirió «cuáles eran mis verdaderos motivos» y fue acompañado de un cerrado aplauso por parte de una sala abarrotada por centenares de personas.

Tras semejante primera salva, un influyente periódico griego de centro izquierda, *Eleftherotypia*, publicaba en octubre del 2003 un extenso artículo en su edición dominical titulado «La nueva historiografía derechista: la vindicación de los colaboracionistas». Mi artículo se yuxtaponía a las actividades de una asociación de veteranos de derechas y a la publicación de las oscuras memorias de un hombre cuya familia procedía de un pueblo que había colaborado con los alemanes antes de ser destruido por los comunistas. La argumentación del rotativo era que, a despecho de su diferente naturaleza, todas esas iniciativas formaban parte de una conspiración derechista para reescribir la historia de la Guerra Civil griega. Una «operación revisionista», se afirmaba, estaba poniéndose en marcha para conseguir una especie de «silencio científico» del fenómeno colaboracionista griego. En ese marco, yo mismo era descrito como un experto en terrorismo —cosa que no soy—, una afirmación que insinuaba siniestras asociaciones con la norteamericana «guerra contra el terror», mientras que mi labor docente en una universidad estadounidense sugería algún tipo de relación con los oscuros designios y esquemas políticos del otro lado del Atlántico.

En respuesta a este artículo, Nikos Marantzidis y yo mismo publicamos un texto en otro influyente periódico *Ta Nea*, también de centro izquierda, el 20 de marzo de 2003 titulado «Nuevas tendencias en el estudio de la Guerra Civil», donde presentábamos diez tendencias que caracterizaban a nuestro juicio un nuevo acercamiento al estudio de la Guerra Civil. Nuestro objetivo era indicar que nuestra investigación formaba parte de un proyecto académico que iba mucho más allá de una mera operación política (y conviene recalcar que entrábamos en un debate público sólo para responder a un ataque que no habíamos

[12] Publicada a continuación en el periódico *O Politis*.

provocado). Revisábamos así una serie de contribuciones debidas a la actividad investigadora más reciente, entre las que se incluían:

- La reposición de la fecha de 1943 como la del inicio de la Guerra Civil y el estudio del periodo 1943-1949 como el del periodo completo dominado por dicho conflicto.
- Un estilo diferente de escribir e investigar que se distanciaba de los hechos y de su significación política y que seguía los estándares heurísticos comunes en la disciplina histórica.
- El rechazo a demonizar o a divinizar a quienes participaron en la Guerra Civil.
- Centrarse en temas que hasta ahora se consideraban demasiado sensibles, caso del fenómeno del colaboracionismo.
- La introducción de nuevas cuestiones, como por ejemplo la movilización masiva, el comportamiento bajo una presión extrema, cuestiones relativas a la memoria individual y colectiva, etc.
- La reorientación local y regional de la investigación, así como la segregación de las grandes cuestiones macrohistóricas en temas más manejables.
- El rechazo de las simplificaciones populares en favor de explicaciones más complejas (caso del abandono de la argumentación tópica que ubicaba el origen de la Guerra Civil en la mera intervención de las potencias extranjeras).
- El reconocimiento del hecho de que la Guerra Civil adoptó múltiples formas a lo largo del tiempo y a lo ancho de la geografía griega.
- Centrarse en las dinámicas más básicas y en la experiencia de la gente corriente en contraposición con el estudio de los grandes líderes, y
- El estudio comparado y teórico de la contienda.

Este texto se publicó junto con otro del citado historiador Mark Mazower, quien hacía similares planteamientos bajo el título de «Los mitos no pueden continuar durante más tiempo». La publicación de ambos artículos provocó un extenso debate público en el cual quien esto escribe resultó mucho más a menudo criticado que defendido. Relevante es, a ese respecto, el hecho de que fuera el exclusivo blanco de los críticos, mientras que Mazower resultaba convenientemente olvidado. El debate tuvo lugar exclusivamente en la prensa escrita, a consecuencia de lo cual se probó imposible discutir la sustancia de nuestros argumentos y evidencias de manera rigurosa. Las críticas recibidas pueden ser resumidas en los siguientes ocho tropos retóricos, muchos de ellos *ad hominem*:

- *La falta de formación académica básica.* Quien esto firma aparecía descrito como insuficientemente formado, como un «no historiador», o simplemente como alguien carente de los conocimientos históricos básicos. Según afirmó un autor, «hasta un alumno de primero de historia recibiría un cero» por hacer el tipo de afirmaciones que hago[13]. Un criminólogo me recriminó que no

[13] MARGARITIS: *Ta Nea* (5-VI-2004).

entendía que la violencia comunista no podía ser considerada «terrorista» habida cuenta que el movimiento de resistencia EAM se había convertido en un Estado, *ergo* su violencia estaba legitimada[14].

- *Propuestas académicas sospechosas o peligrosas.* Se suponía que intentaba introducir ideas y métodos peligrosos y «posmodernos». De ahí la descripción del artículo conjunto con Marantzidis como ejemplo de una «nueva teología proveniente de, y dirigida por los Estados Unidos basada en ideas de la *New Age*, como exponente de un sistema de ideas que busca eliminar al hombre y la sociedad o los valores que surgieron con el Renacimiento y la Ilustración», o como muestra de «la historiografía posmoderna de los historiadores no profesionales». Las aspiraciones de tipo interdisciplinar resultaron asimismo debeladas[15]. Y no faltaban tampoco la supuesta conexión entre mi artículo y el *Libro negro del Comunismo*, o las acusaciones de que equiparábamos nazismo y comunismo[16].
- *Objetivos políticos sospechosos o peligrosos*, particularmente la pretendida justificación del colaboracionismo[17] e incluso la voluntad de obstruir «la acción y movilización política radical» y «la posibilidad de la intervención humana consciente en la historia»[18]. Todo lo cual resultaba por lo demás asociado a los objetivos del imperialismo norteamericano. Uno de los participantes en el debate percibiría incluso en el núcleo de mi trabajo la creación y promoción de universidades privadas en Grecia, a lo que él se oponía con todo vigor[19]. Lo interesante del caso es tal vez, de todos modos, que, a diferencia de lo que sucede en otros contextos —por ejemplo en el debate sobre la expulsión de los palestinos en Israel—, en Grecia la discusión sobre la Guerra Civil no tuvo resonancia política propiamente dicha. El partido de centro derecha *Nea Dimokratia* manifiesta no tener el más mínimo interés por los debates históricos sobre esa contienda, no sostiene a los revisionistas y se muestra encantado con las actuales narrativas históricas; la Guerra Civil griega (y la historia en general) no forman parte de su agenda política y de sus cálculos electorales[20].
- *Objetivos políticos* y *académicos peligrosos.* Un crítico unificó los dos últimos apartados al afirmar que «aquel que quiera creer que el futuro de las ciencias humanas se apoya en las visiones metafísicas y anticientíficas de la extrema derecha norteamericana, corre riesgos en más de un sentido»[21].

---

[14] KARYDIS: *Ta Nea* (18-IX-2004).
[15] KREMMYDAS: *Ta Nea* (4-V-2004).
[16] *Eleftherotypia* (5-XII-2004).
[17] NIKOLAKOPOULOS: *Ta Nea* (22-V-2005).
[18] ALEXIOU: *Ta Nea* (31 de julio de 2004).
[19] *Eleftherotypia* (5-XII-2004).
[20] De hecho, otro debate público sobre el contenido de un libro de texto de enseñanza secundaria usó una serie considerable de problemas a *Nea Dimokratia* en las elecciones del 2007. Pero incluso, sta en este caso, este partido político consideró los debates históricos (y hasta la propia historia) como molesto añadido más que como un asunto que pudiera beneficiarle o perjudicarle.
[21] MARGARITIS: *Ta Nea* (5-VI-2004). El mismo crítico, por cierto, no tuvo ningún problema en presar sus públicas simpatías políticas, tal y como lo hizo a favor del Partido Comunista en el marco las elecciones parlamentarias del 2007.

- *Defectos metodológicos.* Fui reprendido por creer que era posible estudiar la violencia que tuvo lugar en el periodo de la ocupación al margen de su contexto histórico, argumentando que ignoraba la «lucha antifascista» que debe permear todo análisis de este periodo (y que presumiblemente hacía entendible la violencia, cuando no la justificaba)[22]. Mi interés primordial por las dinámicas y disputas locales se interpretaba como una señal de que era incapaz de aprehender la importancia de la ideología, la lucha de clases y el combate por la libertad[23]. Por último, se me censuraba por generalizar a partir de un caso limitado[24] (un caso, además, que habría escogido intencionadamente para servir a mis ocultas intenciones)[25].
- *La trivialización de mis hallazgos.* Se adujo en repetidas ocasiones a lo largo del debate que asesinar a colaboracionistas era algo normal y justificado por parte de la Resistencia (zanjando de tal modo la cuestión empírica de la identidad de todas las víctimas) si es que no se recurría al más general argumento de que en las guerras la gente muere («no es para tanto»)[26]. Y mientras tanto, otros arguían que la incidencia de la violencia izquierdista ya había sido estudiada (eran por tanto «viejas historias»), que nuestros datos eran muy limitados y que mis hallazgos, por el momento, remitían al comportamiento de un marco local excepcional de inusual criminalidad[27]. No deja de ser significativo el hecho de que los mismos que recurrían a la acusación de historias caducas sugerían —con frecuencia en los mismos textos— que no debería generalizar a partir de mi estudio regional y que las fuentes eran sesgadas.
- *La distorsión de mis razonamientos.* Se me acusó de sostener, *inter alia*, que la Resistencia no disfrutó de apoyo popular alguno y que reclutó a sus seguidores únicamente gracias a la violencia y el terror[28], que la colaboración con el enemigo fue sólo una respuesta a la Resistencia y que fue la violencia comunista la que produjo la creación de los Batallones de Seguridad colaboracionistas[29]; que el bando izquierdista había sido el «verdadero verdugo»; que las represalias alemanas fueron causadas por la violencia comunista[30]; y que no hubo realmente Resistencia ninguna sino meramente asesinos[31]. Ni que decir tiene que este autor jamás hizo tales afirmaciones.
- *Arrogancia.* Por último, se me imputó ser arrogante, supuestas pruebas de lo cual eran el hecho de que intentara trazar toda una agenda para el estudio de

---

22 NIKOLAKOPOULOS: *Ta Nea* (22-V-2005).
23 KREMMYDAS: *Ta Nea* (4-V-2004).
24 NIKOLAKOPOULOS: *Ta Nea* (22-V-2005).
25 *Eleftherotypia* (5-XII-2004).
26 MARGARITIS: *Ta Nea* (5-VI-2004).
27 NIKOLAKOPOULOS: *Ta Nea* (22-V-2005).
28 VOGLIS: T*a Nea* (19VI-2004).
29 NIKOLAKOPOULOS: *Ta Nea* (22-V-2005).
30 SAKELLAROPOULOS: *Ta Nea* (10-VII-2004).
31 KREMMYDAS: *Ta Nea* (4-V-2004).

la Guerra Civil griega, o una confidencia propia situada fuera de contexto («como si yo fuera Marx escribiendo su *Tesis sobre* Feuerbach»)[32].

En resumen, mis intenciones eran sospechosas o estaba totalmente equivocado y falto de conocimientos básicos —o, normalmente, ambas cosas a la vez—. Mis argumentos y hallazgos quedaban invalidados por un sinnúmero de razones concurrentes y, por tanto, no podían sino resultar desestimados. El periódico que había empezado tan monumental lío, *Eleftherotypia*, declaraba «la aplastante derrota» del revisionismo en un largo artículo que data de diciembre de 2004[33]. Sin embargo, los ataques han continuado hasta el día de hoy, algo que sugiere que ni los mismos paladines del «anti-revisionismo» tienen quizá tan claro hasta qué punto se ha producido ese su triunfo.

De hecho, el número de publicaciones y referencias a este asunto no ha dejado de crecer desde entonces. Las reseñas de los libros que abordan la Guerra Civil siguen conteniendo referencias al revisionismo y abundan en los mismos argumentos. Incluso tuvo lugar en la Universidad de Ioannina una conferencia consagrada a la Guerra Civil y el revisionismo, en mayo de 2006, en la que este último fue cansinamente reprobado. Y una nueva enciclopedia en diez volúmenes dedicada a la Historia de la Grecia del siglo XX fue promocionada como una respuesta a la supuesta escuela revisionista de «inspiración anglosajona»[34].

Huelga decir que este asunto ha tenido evidentes consecuencias personales. Los rumores sobre que el autor de este artículo es una especie de «agente» llegan con cierta regularidad a nuestros oídos[35], mientras que a los colegas y amigos que antes habían colaborado conmigo se les advierte, cuando solicitan algún tipo de trabajo o ayuda académica, que la asociación con este personaje podía ir en detrimento de sus carreras personales. Un historiador cuestionó públicamente a las prestigiosas Prensas Universitarias de Cretas por haberme convertido en director de una colección. Otros han aprovechado la ocasión de participar en congresos donde yo estaba presente para denigrarme en público y acusarme de «corromper a la juventud». Cuando Nikos Marantzidis publicaba en 2005 un libro sobre las guerrillas nacionalistas, una recensión llegaba a afirmar que, caso de estar vivo, Hitler le habría recompensado, a él y a los revisionistas en general, con una medalla en reconocimiento de sus servicios. Poco después el mismo historiador se ocupaba de la edición crítica del diario de un prominente comunista, y se le acusaba, junto a mí, de escribir una historia «políticamente inútil»[36]. El periódico

[32] NIKOLAKOPOULOS: *Ta Nea* (22-V-2005).

[33] *Eleftherotypia* (5-XII-2004).

[34] *Ta Nea* (5-V-2007).

[35] Según una cierta versión, ésta podría ser la única explicación al hecho de que me haya convertido en profesor de Yale a pesar de mi edad.

[36] MARGARITIS: *Ta Nea* (16-VI-2004).

comunista, *Rizospastis,* que había guardado silencio a lo largo del debate, se mostró extraordinariamente activo a partir de 2005 y publicó docenas de artículos sobre el tema usando similares argumentos. Más aun, el peligro causado por la «reescritura» de la historia suscitó la organización de numerosas manifestaciones y celebraciones públicas al más alto nivel en homenaje a las guerrillas comunistas, a menudo descritas como «celebraciones de la memoria».

Conclusión

El caso que se acaba de exponer no es quizá tan excepcional. El mero hecho de experimentarlo en primera persona es lo que quien esto escribe encontró extraordinario. Los debates públicos sobre memorias divididas suelen adquirir ese carácter extremadamente polémico que aquí se ha descrito[37]. La polarización y la difamación personal tienden a ligarse a la reclamación de que la historia está siendo «reescrita» o revisada, como si revisar la historia fuera en sí mismo un pecado mortal.

La conclusión que me gustaría extraer de esta peripecia vital es que imputar a la investigación histórica de ser revisionista difícilmente hará avanzar el conocimiento histórico y la propia investigación[38]. Por un lado, cuando la «historia revisionista» se plantea como un intento disimulado para reemplazar unos sólidos pero políticamente molestos hallazgos e interpretaciones, bastaría recurrir a los métodos comunes de valoración y evaluación científica para combatir esa impostura. Por el contrario, la demonización del revisionismo es siempre imprudente porque lleva a menudo aparejado el riesgo contraproducente de crear mártires. Y por otro lado, cuando la investigación revisionista forma parte de un proyecto investigador serio y que propone nuevos paradigmas, tacharla de revisionista a fin de deslegitimarla socava también el propio proceso de la investigación histórica en su conjunto, incluso cuando fracasa a la hora de lograr sus propósitos censores: impone un gran coste personal a los calificados de revisionistas, extiende una cierta confusión al minar los procesos normales de intercambio científico de opiniones, métodos y evaluación, y por último disuade a los investigadores de adentrarse en aquellos ámbitos de la historia contemporánea considerados «sensibles» o incluso «peligrosos».

Aunque el revisionismo seguirá estando, con probabilidad, presente en el contexto de los debates que afecten a temas controvertidos y «memorias divididas», la comunidad académica debería hacer todo lo posible para elevar los criterios de evaluación del trabajo académico. Evitar la tentación de tildar los debates históricos con el término revisionista, con todas las connotaciones que el mismo implica, debería ser un ingrediente fundamental de este esfuerzo.

---

[37] ANTONIOU, Giorgos: «The Lost Atlantis...», *op. cit.*

[38] MORTIMER, Ian: «Revisionism Revisited», *History Today*, 54, 3 (marzo 2004).

Bibliografía

ANTONIOU, Giorgos: «The Lost Atlantis of Objectivity: The Revisionist Struggles between the Academic and Public Spheres», *History and Theory*, 46 (2007), pp. 92-112.

ANTONIOU, Giorgos y MARANTZIDIS, Nikos: «The Axis Occupation and Civil War: Changing Trends in Greek Historiography, 1941-2002», *Journal of Peace Research*, 41, 2 (2004), pp. 223-231.

GKOTZARIDIS, Evi: «The Blossoming of Internal Critique in the West: Revisionism and the Cases of Greece and Ireland», trabajo inédito.

KALYVAS, Stathis N.: «Wanton and Senseless? The Logic of Massacres in Algeria», *Rationality and Society*, 11, 3 (1999), pp. 243-285.
- «Red Terror: Leftist Violence During the Occupation», en M. Mazower (ed.), *After the War was Over: Reconstructing Family, State, and Nation in Greece, 1944-1960*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000, pp. 142-183.
- *The Logic of Violence in Civil War*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006.
- «Armed Collaboration in Greece, 1941-1944», *European History Review*, (2008), (en prensa).

MARANTZIDIS, Nikos: *Collective Memory and Public History of the Second World War: Greece in the European Perspective*, trabajo inédito.

MORTIMER, Ian: «Revisionism Revisited», *History Today*, 54, 3 (2004).